

Desearía poder verlo

Edgar Mauricio Díaz López Jiménez

Image not found.

Capítulo 1

Desearía poder verlo

Sentadas junto a la ventana de su humilde casa, una abuela y su nieta disfrutaban de su compañía; el silencio no era duradero, pues la animosa nieta comenzó:

- ¡Cuéntame otra historia abuela! ¡Por favor, cuéntame otra historia!

- ¿Otra historia? – Preguntó la abuela.

- Sí, una de las historias de tu juventud.

- Bueno, está bien. Pero tienes que estar calladita mientras te cuento todo, ¿sí?

La niña asintió con la cabeza y la abuela comenzó a recordar:

- Cuando yo era una niña, cada verano mis padres solían planear un viaje a la playa no muy lejos de mi pueblo natal, ya que mi madre y yo adorábamos la brisa del mar y ese suave ruido que las olas hacen al acariciar la arena. Nos tomaba toda una semana planear todo. Mi padre se ponía muy nervioso con todo lo que tenía que organizar, después de todo estamos hablando de que este viaje a la playa lo realizaríamos a pie. Un día antes de partir siempre le gustaba revisar hasta el último detalle, siento que no se sentía tranquilo hasta asegurarse de tener todo bajo control.

En fin, el día llegó, y partimos muy temprano. Recuerdo, que al salir del pueblo lo primero que teníamos que cruzar era un pequeño bosque. Se puede respirar como nunca cuando estas sentada a la sombra de los árboles escuchando el revoloteo de las aves cantoras. Me gustaba mucho subir a las ramas de los árboles más grandes para ver los coloridos insectos que se paseaban por sus hojas e imaginar figuras en la corteza de los troncos huecos. Aquel día reuní un puñado de flores para dárselas a mi madre, ella me dijo que eran las flores más coloridas y perfumadas que jamás había visto.

Sin embargo, debíamos apresurar el paso, pues para el anochecer debíamos llegar al pie de la montaña para acampar. Era una enorme montaña con un lago a sus pies, y en la noche se volvía realmente hermosa. En el cielo podía ver miles de estrellas, parpadeando al ritmo del cantar de los grillos ocultos en las hierbas y de las ranas a la orilla del lago. Las luciérnagas iluminaban nuestro alrededor, mientras asábamos malvaiscos en la fogata que encendimos, y debo admitir que quemé más de uno. Después siempre solíamos cantar hasta caer dormidos apreciando

el hermoso paisaje. Fueron noches inolvidables las que pasamos en aquel lago.

Finalmente, cuando cruzábamos al otro extremo de la montaña, podía sentir la brisa marina pasando por mi piel. Solía adelantarme a mis padres y gritar: "¡Vamos, ya estamos cerca, más rápido, más rápido!". Creo que realmente era molesta, ja ja... Al llegar a la costa, pisaba con mis pies descalzos la arena tibia y corría hacia las olas para sentir el agua. Ese año fue muy peculiar, pues mientras paseábamos por la playa encontramos a un enorme amigo. ¡Se trataba de una tortuga gigante! Claro que yo era muy joven y puede que exagere. Pero era muy dócil, e incluso pude tocarla. Su piel era rugosa y raspaba como una piedra, y su mirar era profundo, demostrando ya tener muchos años de vida. Ese fue el único verano en que encontramos a una tortuga en la playa, y es por eso que lo recuerdo con gran cariño.

La niña interrumpió y sonriendo dijo:

- Ay abuela, siempre que escucho tus historias puedo imaginarme perfectamente los paisajes: los frescos campos de flores a la sombra de los árboles y el viento soplando haciendo danzar a las hojas; o la suave brisa del mar y las olas que acarician a la arena y a las rocas de la costa, todo bañado en el dulce olor de las palmas; o aquellas montañas recorridas por los claros ríos donde las aves hacen sus nidos y se oculta el sol al atardecer. ¡Como desearía poder verlo todo! ¡Como desearía no ser ciega y poder ver nuestro jardín lleno de flores de colores y altos árboles frondosos!

La abuela pensó por un segundo, volteó hacia la ventana solo para mirar lo que ya hacía años era más que evidente, un lugar sucio donde la basura había reemplazado a las ardillas que jugaban entre las flores y las nubes grises de humo al azul del cielo; con esta imagen y una lágrima queriendo salir de sus ojos contestó:

- Sí, mi niña, ¡salgamos a jugar en el verde jardín que tenemos!

Edgar Mauricio Díaz López Jiménez